

Cultura



Casi talismanes. En la sala se pueden ver 35 objetos; algunos se preservaron y otros fueron reconstruidos parcialmente. SILVANA BOEMO

ARTISTA DE CULTO DE LA GENERACIÓN DE LOS 90

La vida es un carnaval en la mirada agónica de Schiliro

Primera retrospectiva del creador de singulares esculturas pop hechas con materiales cotidianos.

Mercedes Pérez Bergliaffa
seccioncultura@clarin.com

Pensaba que las obras de arte tenían un efecto de sanación que la ciencia ya no podía ofrecerle a su enfermedad. Las imaginaba de noche, en sueños, y las construía de día: bellos ornamentos translúcidos tamaño extra-large, minuciosamente enrutados; ensambles frágiles de color pastel. Adornos pop de bijou brillante (plásticos reciclados) que se transformaban en esculturas sofisticadas, insólitas y complejas. Prendiéndose y apagándose con recursos simples, eran caireles, palanganas, gemas de plástico conseguidas en Once, que guardaban precarios circuitos de luz con bolitas de vidrio ensambladas por fuera: festivales de falsos vitraux.

Estos translúcidos y radiantes talismanes de felicidad son los trabajos del artista Omar Schiliro (Santa Fe, 1962 - Buenos Aires, 1994) que, a poco más de 24 años de su fallecimiento, se exponen en conjunto por primera vez en la Colección Fortabat.



Plástico y vidrio. Dos de sus trabajos, ensamblados para la exposición.



Retrato. Fotografía que le tomó Alberto Goldenstein.

Ahora voy a brillar es una retrospectiva necesaria y anhelada, curada cuidadosamente por las artistas Paola Vega y Cristina Schiavi. Esta última, que pertenece a la generación de Schiliro, le había comprado su primera obra hace décadas.

La carrera del artista fue muy corta: sólo produjo en los últimos tres años de los 32 que vivió. La escalada creativa durante esa etapa definitiva fue una forma de combatir el virus del HIV. Ante el pronóstico y cierta característica epocal de *outsider*, resistía imaginando otros mundos posibles, construyendo objetos felices, llenos de filigranas paradisiacas.

Schiliro creaba con bowls y platos de PVC, luces, estrellas, espíritu y algo de magia infantil. Pequeños mundos fantásticos contruidos manual y pacientemente, casi como el ejercicio de una labor-terapia: la creación lo ayudaba.

Formó parte de una generación marcada por la explosión de libertad que siguió al retorno de la democracia y convivió con un grupo de artistas que nos dejaron en el esplendor de sus vidas, debido a la enfermedad por entonces maldita, como Liliana Maresca, Alejandro Kuropatwa y Sergio Avello, entre otros.

Schiliro supo reconvertirse: entre los períodos de bajón y los de optimismo y euforia, optaba siempre por estos últimos. En la exposición se nota:

sus obras transmiten placer, asombro, alegría. Bajo el cuidado amoroso de su pareja, el reconocido artista Jorge Gumier Maier -quien entre 1989 y 1996 dirigió la galería de Artes Visuales del Centro Cultural Ricardo Rojas de la Universidad Nacional de Buenos Aires (UBA)-, el artesano de las mil cuentas brillantes se convirtió rápidamente en una figura virtuosa y llamativa: sus abundantes y eléctricos cabellos indicando ascendencia afro, más un par de intrigantes ojos azules, le daban un toque de excentricidad que le gustaba y lo caracterizaba.

Durante su infancia y adolescencia, su singularidad le había traído problemas -Schiliro provenía de un hogar santafesino humilde, su madre era cocinera y Testigo de Jehová, por varios años vivieron en los fondos del restaurante en donde ella trabajaba, mientras que su padre y su hermano negaron su existencia desde el momento en que les confesó que le gustaban los hombres-. Fue a partir de

El arte era una terapia ante el avance de la enfermedad que se lo llevó a los 32 años.

los 18 años, cuando Schiliro conoce a Gumier en Buenos Aires, que comienza una etapa fuerte, vital. Brillante como las obras de la exposición entera.

"La relación con Gumier lo insertó en una vida más feliz, en otros circuitos", comenta Vega. "En Buenos Aires, siendo artista, transformando su bijouterie ya en obra de arte (aunque a él no le importara ni ser 'artista' ni el concepto de 'obra'), supo vivir mejor, expandir su creatividad y ser amado y aceptado", comenta Schiavi.

De las alrededor de 35 piezas que pueden observarse ahora -muchas de ellas reconstruidas pacientemente por las curadoras a partir de viejas fotografías encontradas en los archivos de Gumier, uniendo materiales tan disímiles como los provenientes de la cristalería San Carlos con los plásticos de avenida Rivadavia-, la que abre la muestra tiene título (tan sólo 5 de las 35 lo llevan): *Sin título, Bienvenida Primavera*. Las otras cuatro en las que Schiliro quiso dejar pistas a través de las palabras son *Salud, Dinero, Amor y Batato te entiendo* (por el performer Batato Barea). De esta serie de trabajos, *Salud* -una gran copa construida con palanganas de distintos verdeaguas y azules- iba pasando de mano en mano, prestada a los amigos que se encontraban enfermos, como amuleto o protección.

En otro trabajo, el público puede accionar un botón. Y entonces el círculo comenzará a girar, dentro de la redondeada "fun-house" de colores; y la flecha de la fortuna (en realidad es una cucharita de helado) se detendrá en alguna de sus "habitaciones" o compartimentos. Nada es oscuro ni extraño aquí: todas las "habitaciones" indican y desean al público bienestar y felicidad. Accione el botón. Pruebe. Nada malo podrá ocurrirle, todo lo contrario. Podría tocarle "casita cómoda"; "amorcito calentito"; "tropa linda"; "suerte buena"; "chupetín dulcito" o "trabajito liviano".